

José Antonio Fernández Ordóñez, Presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos

Juan Mollá

Abogado

Colegiado de Honor del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos

RESUMEN

José Antonio Fernández Ordóñez imprimió al Colegio un estilo, un ritmo y un carácter que determinaron su profunda transformación, no sólo en sus estructuras, sus métodos y sus modos, sino de su propia imagen y orientación, buscando el florecimiento de la tradición y la vocación de futuro para agigantar la figura y la función del Ingeniero de Caminos. La democratización interna, la apertura hacia la sociedad, hacia otras profesiones y hacia el mundo de la cultura y el humanismo se plasmaron en una intensa actividad colectiva en Comisiones y Grupos de Trabajo. Unos nuevos Estatutos, una nueva sede, grandes exposiciones, concursos de pintura, edición de libros, viva proyección social, fueron logros significativos. Todo ello en un difícil momento histórico de crisis que él supo superar con gran tesón y entusiasmo.

ABSTRACT

José Antonio Fernandez Ordoñez stamped a specific style, energy and character on the College which led to its complete transformation. These changes were not merely the result of his own structures, methods and manners, but were also based on his own image and leanings which sought both traditional values and future vocation to heighten the figure and function of the Civil Engineer. The internal democractization, the opening out to society, other professions and towards the world of culture and humanism were moulded in intense group activity by Committees and Working Parties. The significant goals achieved were reflected by the new By-laws, new headquarters, large exhibitions, art competitions, book editions and stronger social projection. All of these achievements being obtained at a historically difficult moment in time which he managed to overcome with great perseverance and enthusiasm.

El día 4 de Octubre de 1974, José Antonio Fernández Ordóñez fue elegido Presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, a los cuarenta años de edad.

El Colegio tenía entonces 4.379 miembros, de los que emitieron su voto 3.098, más de dos tercios. Fernández Ordóñez obtuvo 1.450 votos, el 46,80% del total. José Antonio Torroja recibió 764 votos y Rafael Conchoud, 704.

La presidencia de Fernández Ordóñez supuso un giro importante en el derrotero del Colegio, no sólo porque proyectó

sobre él su brillante personalidad, sino porque le imprimió un ritmo muy vivo y le dio un contenido rico en facetas y horizontes. También es necesario recordar que con él se abrió el Colegio a la sociedad, al mundo de la cultura y a la participación democrática, en un momento en que un viento de renovación y libertad pugnaba por abrirse paso en el país y las nuevas generaciones querían hacer oír su voz. José Antonio Fernández Ordóñez y quienes le apoyaron habían apostado por ese cambio en marcha.

Para comprender todo ello hay que recordar la tensión que vivía España en aquel año 1974:

El régimen de Franco llegaba a su fin. En Enero había sido nombrado Jefe de Gobierno Carlos Arias Navarro, quien un mes más tarde pronunció el discurso que inauguró el llamado “espíritu del 12 de Febrero”, con su esperanza de apertura. En Julio la enfermedad de Franco determinó su primera sustitución por el Príncipe Don Juan Carlos en la Jefatura del Estado, y en París se formó la “Junta Democrática”. En 13 de Septiembre estalló la bomba de la calle de Correos de Madrid, con once muertos. A fin de año se aprobó el Estatuto Jurídico del Derecho de Asociación Política.

Los Colegios Profesionales empezaban a entrar en ebullición, no sólo por la discusión de la Ley de Colegios Profesionales de Febrero de 1974, sino porque en ellos se reflejaban ya los enfrentamientos sociales y políticos propios de aquel momento histórico.

El Colegio de Abogados había sido el primero en movilizarse. En sus elecciones de 1969 a 1974 habían participado ya personalidades tan significativas como Ruiz Giménez, Enrique Tierno Galván o José María Gil Robles, aunque finalmente en el Decanato se había afincado para mucho tiempo Antonio Pedrol.

En tal panorama, la elección de José Antonio Fernández Ordóñez como Presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos fue vista por muchos como un episodio de la democratización en alza. Y algunos conflictos, controversias y tensiones de su primera época tuvieron esa causa.

Pero lo que realmente se produjo fue una apertura de la profesión de Ingeniero de Caminos a la sociedad y a la cultura de aquel momento apasionante. Es insólito y significativo que el nombramiento de José Antonio fuera celebrado sobre todo en el mundo de la cultura, antes que en el técnico. A los pocos días de su toma de posesión, recibió en el Casino de Madrid la felicitación y el homenaje de los artistas e intelectuales más destacados de aquel tiempo. Recuerdo, posando ante los fotógrafos en la gran escalinata del Casino, a Eduardo Chillida, Antonio López García, Lucio Muñoz, Manuel Rivera, Cristóbal Halffter, Santiago Amón, Moreno Galván, Eusebio Sempere, Enrique Gran, Juan Genovés, Juana Mordó, Salvador Victoria y medio centenar más.

En su discurso de toma de posesión había dicho:

“A todos os pido vuestro apoyo y colaboración en la creación de Comisiones y debates abiertos, ya que solamente la participación de todos puede garantizar que las decisiones sean siempre democráticas.... Mantendré mi promesa de proteger esa participación y aplicar la firmeza e independencia precisas para hacer cumplir los acuerdos de las mayorías. No porque la mayoría tenga siempre razón, sino porque es el único control.

Por otra parte, quiero insistir en la responsabilidad que todos tenemos, desde cada una de las parcelas de nuestra actuación, de apoyar al Colegio en su deber de pronunciar-

se públicamente cuando, por nuestra condición profesional, esta postura signifique una defensa de los intereses de la sociedad. De este modo seguiremos la mejor tradición de quienes así lo hicieron en el pasado, Ingenieros ilustrados y progresistas que, como Betancourt, no eludieron nunca el compromiso con su tiempo.

No podemos ser indiferentes ante una realidad de la que somos en parte responsables, indiferentes ante un entorno físico cada vez más uniforme, mediocre y falto de belleza. Debemos asumir tanto las consecuencias como las posibilidades que nuestro trabajo implica. Y sólo el esfuerzo cotidiano, tanto en las grandes obras como en las pequeñas, el coraje de todos los días para colocar nuestra técnica al servicio de la libertad y la cultura, podrá justificar nuestra tarea individual y colectiva”.

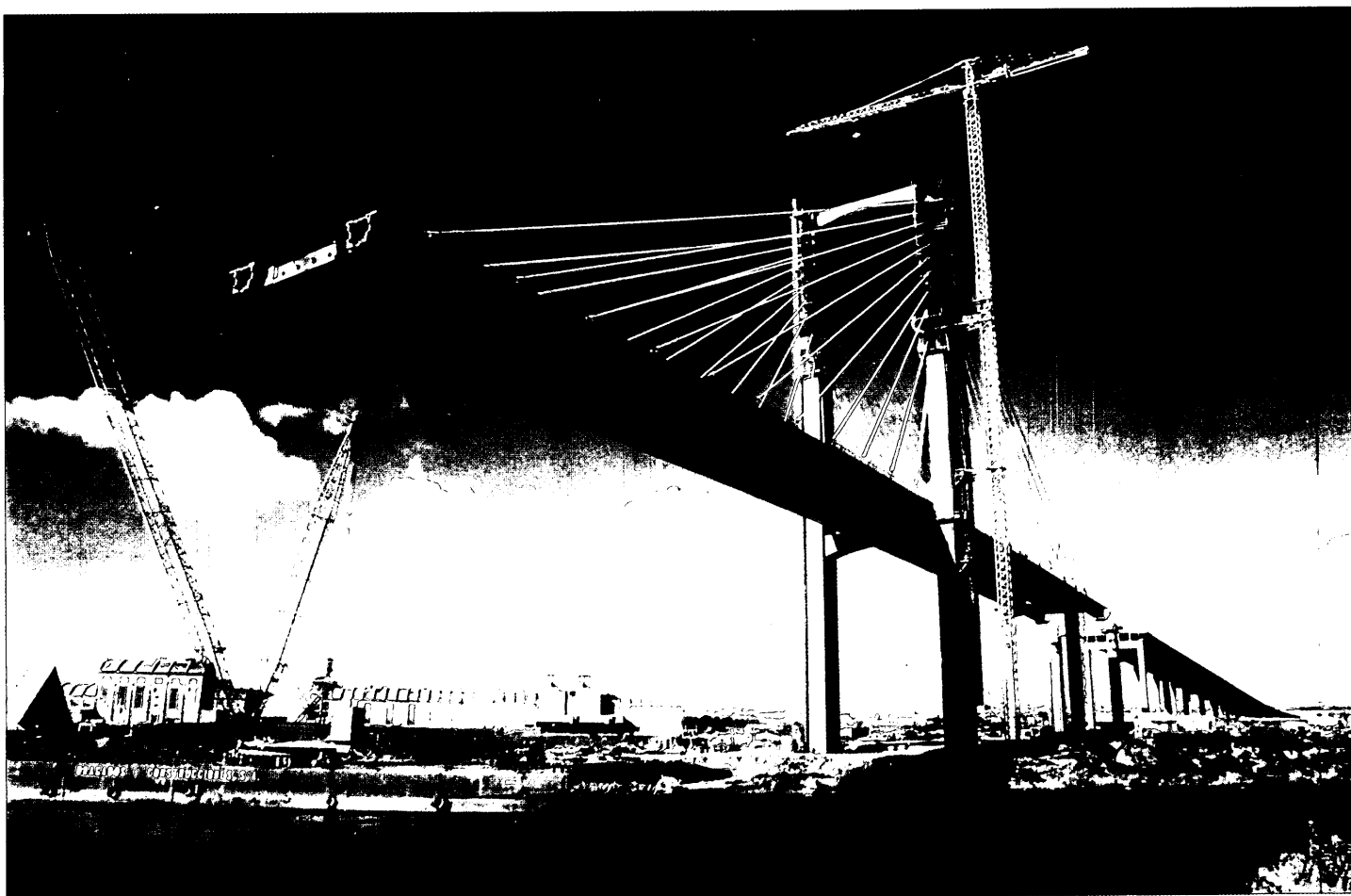
Y este compromiso programático intentó cumplirlo desde el primer día hasta el último. Por eso pudo demostrar su satisfacción cuando dejó su cargo el 20 de Noviembre de 1979:

“Una satisfacción parecida a la de haber superado un examen para el que no estaba bien preparado y, al mismo tiempo, la sencilla emoción de haber vivido lo bastante para los demás y la esperanza de vivir ahora un poco más para los míos y para mí mismo”.

Entre esas dos fechas de 1974 y 1979, todo un cúmulo de esfuerzos, logros y cambios importantes y decisivos en la vida del Colegio, incluso un cambio notable en la imagen social del Ingeniero de Caminos, mientras también en España se producían los cambios históricos más trascendentales de nuestra Historia reciente: La muerte de Franco, la instauración de la Monarquía, la Ley de Reforma Política, la legalización de todos los partidos políticos, la Constitución, las elecciones, la transición democrática...

Ya en la primera reunión del Consejo de Administración del Colegio, en 9 de Diciembre de 1974, el nuevo Presidente propició la creación de Comisiones abiertas a solicitud de 50 colegiados, la iniciación del estudio de unos nuevos Estatutos (*“que nos garanticen la posibilidad de una continua y positiva transformación profesional, que nos permitan recuperar el vigor histórico de nuestras tradiciones y que nos agrupen en un gran foro abierto, donde cada uno adquiera una conciencia rigurosa de la capacidad creadora y libre de su voluntad, junto con un austero sentimiento de la responsabilidad profesional ante la sociedad”*) y la creación de una *“Comisión de Cultura, encargada de organizar exposiciones, conferencias de carácter cultural, y de otros temas, para el prestigio de la profesión”*, tanto para su orden interno como cara al exterior, para que el Colegio *“no permanezca mudo ante los problemas que se planteen en todo momento y que, de un modo u otro, puedan afectar a la profesión o a los intereses del país”*.

Desde las primeras reuniones del Consejo de 1975 propuso organizar las grandes exposiciones de Gustavo Eiffel, de Fernández Casado, de Ildefonso Cerdá, de Leonardo Torres Quevedo. A las que siguieron tantas otras.



Puente del Centenario sobre la Dársena del río Guadalquivir. Sevilla.

Inauguró esta larga serie de exposiciones diciendo:

"Nosotros, los Ingenieros de Caminos, sin dejar de ser especialistas, no podemos abandonar la vocación universal del hombre. Estas exposiciones nos ayudarán, no sólo a acercar nuestra obra a los demás, desmitificando la magia de nuestra técnica, sino a responsabilizarnos públicamente de nuestro trabajo, a elevar nuestro nivel de exigencia., a comprender mejor nuestras responsabilidades y a escuchar con atención la respuesta del mundo interior de otros hombres con otros quehaceres".

(Es inevitable reparar en el lenguaje característico de estos textos. Los discursos de Fernández Ordóñez estaban marcados por un tono intelectual, fresco y muy actual, con citas literarias o incluso poéticas que a veces tenía una intención que sobrepasaba lo estético. Este estilo culto y novedoso en el ámbito ingenieril se proyectaba sobre todo el hacer y la imagen del Colegio).

Junto a aquellas grandes exposiciones, que habían de recorrer numerosas ciudades, se patrocinaron muchas otras exposiciones y concursos de pintura, premios, conferencias, cursos, un "Aula Libre" de máxima apertura, becas o ayudas.

También imprimieron un nuevo perfil al Colegio las actividades de carácter editorial, que comenzaron en 1975 con la creación de la "Comisión de Libros" y la publicación de los primeros títulos de la "Colección de Ciencias, Humanidades e Ingeniería", con la que se pretendía fomentar la difusión de *"textos que con un sustrato técnico o científico tuvieran esencialmente un carácter cultural o humanístico"*. En años posteriores esta actividad se completó con diversas colecciones.

A través de todo ello, la apertura, la democratización, la proyección al exterior y a otros ámbitos sociales y culturales, la invitación al diálogo, la participación en la acción colectiva a través de Comisiones, Grupos de Trabajo, reuniones y asambleas, fue cuajando una nueva forma de hacer, lo que Fernández Ordóñez llamaba *"implantar como costumbre la práctica de la libertad"*.

Mediante esta intensa actividad, el Colegio no sólo vino a adecuarse a las exigencias de los grandes cambios históricos, sino que se anticipó en buena medida a las nuevas circunstancias sociales y políticas. *"Aunque en aquellos momentos caminábamos contra corriente"* -pudo decir José Antonio en 1977-

la realidad nos ha confirmado después que íbamos a favor del viento".

Esta es su más propia aportación al talante renovador de las corrientes que pugnaban por el cambio. Porque otras acciones más explícitas las hubo, pero no en exceso, y siempre en cumplimiento del compromiso de que el Colegio hiciera oír su voz ante la sociedad. Podemos citar como ejemplos la petición de abolición de la pena de muerte y la petición del indulto a los sentenciados a la pena capital, la solicitud al Gobierno de que dejara sin efecto la prohibición de celebrar el acto denominado "La Iglesia y la reconciliación", la solicitud de normalización de la vida asociativa del "Club de Amigos de la Unesco", la reprobación de la violencia, de los atentados y del terrorismo, o la petición de reapertura de la Universidad de Valladolid; además de puntuales pronunciamientos sobre temas ecológicos y de medio ambiente -como el Informe sobre el Parque de Doñana o el Manifiesto del Agua- o sobre proyectos legislativos de varia índole.

Porque, pese a todo, lo que realmente prevalecía era la defensa y renovación de los valores profesionales de los Ingenieros de Caminos, la revitalización del funcionamiento del Colegio, el servicio a los colegiados, que se fue cumpliendo a través de acciones tan numerosas y complementarias que hoy resulta sorprendente con la perspectiva que nos da el tiempo. Fueron años de controversia, de invención y de brillantez.

En 1978, cuando se cumplían 25 años de existencia del Colegio, culminaron sus mayores proyectos: Tras un largo y complicado proceso en que intervinieron cientos de colegiados, se aprobaron definitivamente los nuevos Estatutos y se inauguró la nueva sede social en la calle de Almagro, recuperando, adecuando y restaurando un hermoso palacio madrileño, en una actuación ejemplar y modélica. En el acto inaugural, Fernández Ordóñez la presentó como una metáfora o un símbolo de lo que en estos años pretendía el Colegio:

"Sacar a la luz, recuperar y salvar nuestras mejores tradiciones profesionales, vinculándonos de nuevo a los conflictos culturales de nuestro tiempo, sin olvidar nunca las enseñanzas dialécticas entre lo antiguo y lo nuevo... Tenemos que recuperar el vigor histórico de nuestra profesión, la gran fuerza transformadora que -desde el punto de vista histórico y social- tiene el uso colectivo de libertades personales y profesionales.... Nuestra profesión debe aspirar siempre a convertirse en una fuerza al servicio de la comunidad, una palanca viva de creación, de innovaciones, de educación y de cultura, con la rebeldía con que un espíritu insumiso se enfrenta a la realidad, contra toda inercia complaciente, contra todo anacronismo, procurando, como deseaba nuestro buen Cerdá, no ser empíricos ni rutinarios, abandonar ese alcázar de la fatalidad, como Leibnitz denominaba al mundo del siempre-lo mismo".

También en 1978, Fernández Ordóñez inauguró la Caja de Crédito Cooperativa del Colegio, una brillante idea de Clemente Solé, "cuya tenacidad y dedicación fueron la base en que se

fundó este éxito que hoy todos compartimos", en expresión del Presidente.

Y, en fin, hasta Noviembre de 1979, en que José Antonio Fernández Ordóñez cesó en su cargo renunciando a la reelección que se le solicitaba, prosiguieron tan diversas actividades.

Dejó un Colegio bien distinto del que encontró cinco años antes. Y pudo decir al Presidente que le sucedió, Enrique Balaguer, y a sus compañeros de Junta, unas palabras que sin duda reflejaban lo que había sido su propio mandato:

"Entre las cualidades que os deseo, la primera es la inspiración, ese relámpago que nos ilumina y que nos sorprende siempre trabajando. También os deseo paciencia y abnegación, porque siempre encontraréis compañeros con más habilidad para condenar que para apreciar los resultados positivos alcanzados. Asimismo os deseo una radical y profunda independencia, lo que significa un pensamiento libre y crítico, que no se pliega ante ninguna consigna ni ante ningún imperativo de estrategia política. Y, por último, un cierto grado de pasión. Soy de los que creen, con Hegel, que nada grande se ha llevado a cabo sin pasión; de los que, como Mahler, pueden soportar a los que exageran, pero nunca a los que se quedan cortos".

Su autorretrato como Presidente del Colegio quedaba colmado.

No quiero acabar sin recordar cómo Fernández Ordóñez, desde Enero de 1975, propició el concierto entre el Colegio y el Bufete jurídico de Marcial Fernández Montes, del que yo formaba parte. Dio lugar a un nuevo Servicio Jurídico para resolver las consultas del propio Colegio sobre temas profesionales, competencias y especialmente en materia de recursos, y asistencia ante los Tribunales sobre tales temas en toda España. Y a la vez consultas de los colegiados sobre materias propias del ejercicio profesional y asistencia jurídica incluso también ante los Tribunales en todo el ámbito nacional.

Puedo atestiguar que aquel servicio de asistencia jurídica actuó con gran intensidad y eficacia. Centenares de Ingenieros de Caminos se beneficiaron de ella durante muchos años. El asesoramiento directo al Colegio y a su Presidente fue igualmente constante, a veces en materias y momentos de gran delicadeza. Algunos de los consejos que recibió José Antonio de Marcial Fernández Montes para actuar como Presidente en ciertas turbulencias, aún los pudo utilizar en sus últimos años, cuando era Presidente del Patronato del Museo del Prado, según me confesó.

Mi testimonio como consejero de José Antonio Fernández Ordóñez en aquellos tiempos difíciles y vibrantes, puede dar fe de su generosa entrega, de su sacrificio por el interés de los otros y de su pasión por llevar a su profesión hacia las metas que creía justas, sorteando obstáculos y resolviendo dilemas, a veces dejándose parte de la piel, en aquellos cinco años que quemó para ser un riguroso y eficaz Presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. ■